

Durante el reinado de Luis Felipe, hubo proscripción y muerte contra los republicanos: contra los legitimistas, la prisión de la duquesa de Berry, sin considerar el estado de su salud; y contra los partidarios de la dinastía de Napoleón, el encarcelamiento del prisionero de Bam.

Vuelve la república, y Cavaignac ametralla á los revolucionarios de Junio; y hoy mismo ¿no tiene Francia leyes de proscripción y de muerte contra los que se atreven á atentar al régimen existente? Pues esta es la verdad, Sr. Billault, esta es la historia: y al recordársela á su señoría, solo he querido demostrar que á una nación como la francesa, que ha pasado por un mar de sangre y de lágrimas, no le corresponde tratar con dureza y con impiedad á ese otro pueblo que marcha desolado por ese mismo mar de lágrimas y sangre.

Pero Francia, dijo también M. Billault, no puede consentir que allí se asesine á sus hijos: y al decir eso, se fundó en los horrores y las persecuciones de que daba cuenta el almirante. Todo lo que este podía citar era la destitución del general Uruga y el arresto del general Chacon.

Verdad es que el almirante hacia alusión á la muerte del general Robles Pezuela, pero no se atrevió á nombrarle, por que nadie como el almirante sabia á donde iba Robles Pezuela cuando lo prendieron cerca de Tehuacan, punto donde aquel se encontraba.

El desgraciado Robles, para evitar en otro tiempo la persecución política, tomó sagrado en la legación francesa; y cuando los aliados llegaban á Veracruz, él se encontraba en la capital: sus relaciones con M. Saligny eran conocidas, y el gobierno le mandó de cuartel para un punto, del cual ofreció él, bajo palabra de honor, no moverse sin su conocimiento. Un mal día para aquel desventurado, desapareció del punto en cuestión, encontrándosele disfrazado cerca de Tehuacan, á donde fué preso. Yo hice cuanto pude por salvar á Robles, y lo mismo hicieron los comisarios ingleses; y encontrándose en Orizava los ministros de la República, conseguí una orden, en virtud de la cual se suspendía la ejecución, caso de ser aquel sentenciado á la última pena. Yo mismo cerré y sellé la orden, dándosela á un extraordinario; pero desgraciadamente llegó dos horas

después de la ejecución de aquel infortunado general. ¡Séale la tierra ligera! Si se exceptúa esa víctima, no han existido los asesinatos que ha supuesto M. Billault: yo al menos no he tenido conocimiento de que se haya cometido uno solo, en súbdito inglés, francés ni español.

Hablando M. Billault de los preliminares de la Soledad, los censura después acerbamente, calificando de un modo inconveniente á los comisarios inglés y español y llamando indigno el documento que lleva sus firmas. Yo rechazo esa dura calificación, y repito lo que han dicho ya los hombres de honor de todas las naciones: ¡ministros imperiales! la dignidad no está en haber firmado esos preliminares, sino en no haberlos cumplido.

Pero lo que más irritó á M. Billault fué que los aliados permitieran tremolar la bandera mejicana al lado de las de sus naciones. ¿Qué habrá dicho ahora ese mismo Billault al ver que el general Forey, no solo ha hecho enarbolar la bandera mejicana, sino que la ha saludado con sus cañones franceses, haciendo desfilar por delante de ella los batallones de Francia?

Ya que se califica de indigno un tratado que lleva las firmas de los representantes de Inglaterra y de España, voy á decir lo que hicieron los franceses, para que el mundo entero diga de qué parte está la iniquidad. Convenidos con los comisarios franceses que el día 20 pasaria yo con mis tropas por Paso Ancho, y que el 21 pasarían los franceses por Chiquihuite, me dijeron el 19 por la tarde que los franceses avanzaban sobre Orizava. Yo no lo creía, porque hay cosas que no deben creerse si no se ven y se tocan; pero desgraciadamente era cierto. Entonces, al recibir la noticia de que los franceses avanzaban sobre aquella población... pero, señores, no quiero seguir; me arrepiento de lo que iba á contar: es tan ofensivo, tan humillante para los soldados franceses, que no me atrevo á lanzar ese borron sobre ellos, aunque los soldados no tienen la culpa, porque siempre son mandados.

Pasando, pues, por encima de ese terrible episodio, haré saber al Senado que á las doce de la noche de aquel mismo día recibí una comunicación del comisario francés, trasladándome otra del general Laurencez, en la que venia á de-

oir que en adelante ya no mandaba allí nadie mas que él, y que iba á socorrer el hospital francés de Orizava. Al amanecer del 20 salí yo de este punto con el último escuadron, y á la media legua encontré á la division francesa que marchaba en son de guerra. Cuando los generales me vieron, sus clarines tocaron alto, y el almirante Jurien de la Gravière se acercó diciéndome: “¡Y bien, general!” y contestándole yo “¡bien, almirante!” permanecimos así por espacio de algunos minutos. Por fin, “¿qué ha pasado en nuestro hospital de Orizava?” me preguntó el general Laurencez; á lo cual en voz alta y que pudiera ser oída por toda la division, contesté: “Nada; nuestros enfermos permanecen allí con la misma seguridad que si estuvieran en un hospital de Paris.”—y haciendo un saludo militar, continué mi camino.

Ahora bien: conocidos los hechos de que me he ocupado, ¿se ha podido pensar que las tropas de España pueden volver á Méjico? Tranquílense los señores senadores: aunque los hombres que tal piensan fueran gobierno, no volverian allí nuestros soldados, pues no podrian hacerlo sino para oprimir la nacionalidad mejicana; y eso ningun gobierno lo querrá, y mucho menos hallándose ya allí los soldados franceses. El gobierno español podrá en su día mandar á Méjico un representante y entonces dará el de la República todas aquellas satisfacciones y reparaciones que pueda dar.—Vuelvo al discurso de M. Billault.

El ministro francés creyó llegado el momento de anonadarme, y lo hizo con malas armas—¿qué ha ocurrido, preguntó, desde el día 20, en que el general Prim escribia en sentido belicoso, hasta el 23, en que dice que hacia sus preparativos para retirarse? Y su señoría añadió: “Se ha tenido una conferencia con dos ministros mejicanos, uno de ellos el Sr. Gonzalez Echeverría, tio, segun creo, del señor conde de Reus.” Aquí se vé, señores, que M. Billault quiso herir mi honra: su idea germinó al momento en la Asamblea, la cual la acogió con exclamaciones y risas, y desde allí pasó á la prensa, creyéndola muchas gentes. Yo por mi parte, desde que leí el discurso del ministro imperial, estoy buscando una fórmula de respuesta correspondiente á su ataque, y no la encuentro: si respondo á él con un dictorio, hago una cosa impropia de este sitio, y me rebajo

(Bien, bien); y si dejo de contestar, se creerá que fué cetero el tiro de su señoría. En casos como este no hay mas que dos remedios: uno violento, terrible, mortal... Otro, encerrarse en el silencio. Señores senadores, por respeto á la Cámara, me encierro en el silencio. (Aplausos).

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua)—Orden.

El señor conde de REUS.—Voy ahora á contar lo que pasó en esos tres días, y á demostrar que me bastaron algunos minutos para adoptar la resolucion que ya conoce el Senado. En efecto: no tuve necesidad de mas tiempo que el necesario para leer otra carta del almirante la Gravière, fechada el 22 á las once de la noche, pues esa carta fué la gota de agua que no cabiendo ya en el vaso, le hizo rebar todos sus bordes. ¿Por qué no la leyó el señor ministro imperial, teniéndola como la tenia en su poder? Yo voy á hacerlo ahora; pero antes diré que lo que tuvo lugar del 20 al 23, fué una conferencia de los ministros mejicanos Terán y Gonzalez Echeverría, no conmigo solo, como quiso dar á entender M. Billault, sino en presencia tambien de los ministros ingleses.

Estaba yo escribiendo mi carta el 23 en contestacion á la anterior del señor almirante, cuando recibí la suya, fecha 22 á las once de la noche, en que me decia lo siguiente: “Mi querido general: He hecho prevenir esta noche al jefe militar y político de Tehuacan que el general Almonte, llegando escoltado por el batallon de cazadores á pié, estará aquí el 31 de Marzo; y que no permitiéndome mi lealtad prevalerme mas del convenio de la Soledad, me pondré en marcha el 1.º de Abril para hacer retroceder mis tropas al otro lado del Chiquihuite. Le he invitado á llevar oficialmente esta decision á conocimiento de su gobierno.—Adios, mi querido general, etc.”

Viendo la resolucion tomada por el almirante, comprendí que estábamos ya allí de mas, y continuando la carta que estaba escribiendo, le dije lo que va á oír el Senado.

“Aquí llegaba de mi carta cuando recibo la última vuestra, en la que me participais haber comunicado á la autoridad mejicana en Tehuacan vuestra determinacion de dejar esta ciudad el 1.º de Abril para ir á Paso Ancho, conforme

con lo que previenen los preliminares de la Soledad; lo que prueba tambien que, segun vuestras instrucciones, rompeis la conferencia. Mas como el ministro de Inglaterra y yo no podemos ser desatendidos sino por un acto oficial, os envio la adjunta nota, rogandoos os reunais aquí con nosotros lo antes posible á fin de hacer constar la ruptura en la última acta.

Sir Charles Wyke, á quien he dado á leer esta carta, me ruega os diga que está en un todo conforme conmigo.

Vuestras cartas para el general Laurencez, el coronel Velazco y el conde de Saligny, están ya en camino por medio de un propio, y las recibirán esta tarde.

Desde hoy empiezo á hacer mis preparativos para reembarcar mis tropas tan luego como hayamos celebrado la última conferencia."

Ahora bien. ¿cabe duda alguna del por qué hacia yo mis preparativos para marcharme? Pues así y todo fuí á Tehuacan; dirigí varias observaciones al almirante Jurien, y hasta le hice concesiones importantes, pero todo inútilmente; el almirante no estaba para escuchar razones.

Tambien ha querido M. Billault sacar partido de la conducta del plenipotenciario español con los generales Miramon y Almonte, conducta que ha creido contradictoria, como si hubiera paridad entre ambos casos. El primero queria entrar en su país por su cuenta y riesgo, mientras Almonte penetró escoltado por los soldados franceses, para sembrar la discordia y la revuelta en contra del gobierno con quien los aliados estaban tratando.

Igualmente ha sido inesacto M. Billault al decir que el gobierno de la República pretendió arrancar á Almonte cuando estaba bajo la sombra de los pabellones extranjeros. Su señoría no ha visto eso escrito en ninguna parte, ni nadie ha podido contárselo: ¿por qué lo dice, pues? Porque quiere y nada mas. Lo que hubo únicamente fué que la autoridad mejicana de Córdoba pidió, en cumplimiento de órdenes generales, la persona del general Almonte al comandante del batallon francés que lo escoltaba, al cual anuncié yo desde luego que si era atacado, correria en su auxilio.

Pero M. Billault repite frenético que el uso de las armas era indispensable para derribar el gobierno de Juarez "por-

que nosotros, añade, queremos obtener todas las satisfacciones que se nos deben." Mal aconseja á su soberano M. Billault: su indicacion es impolítica é inhumana, y en verdad que si yo hubiera podido acercarme á S. M. I. cuando era tiempo, y me hubiera autorizado á dirigirla la palabra, le habria dicho: "Señor, vuestros ministros y generales en Méjico han comprometido el honor de vuestra bandera en una guerra injusta, y por eso fueron batidos en Puebla; pero ese hecho de armas no puede rebajar el merecido renombre de los soldados de Magenta y Solferino, soldados que no necesitan hacer alardes de valor en un pueblo convertido en ruinas por sus 40 años de guerra civil. Salvad vuestra política exterior comprometida en Méjico: las guerras de Oriente, Siria é Italia, han sido justas y civilizadoras; en Oriente fuisteis generoso, en Siria cristiano, en Italia liberal, y por eso vencieron vuestras legiones: detenedlas, señor, en Méjico, porque allí no sereis ni cristiano ni liberal; allí sereis opresor." Pero el César no me pudo oír, y sus legiones marchan á oprimir al pueblo mejicano. ¡Que Dios salve á Méjico y á los franceses de los males que los amenazan!

Voy á concluir, señores. De todo lo dicho resulta que Inglaterra, Francia y España fueron á Méjico, en primer lugar, á pedir cuenta de deudas atrasadas, reparacion de agravios inferidos y garantías para el porvenir; y en segundo á entablar una política generosa, contribuyendo con sus consejos á que la guerra civil concluyera. A esto y no á otra cosa fueron los aliados. Los agravios recibidos allí por los súbditos de las tres naciones no son imputables á ningun partido determinado: todos los hombres que se agitan en las contiendas de aquel país, lo mismo Almonte que Juarez, lo mismo Miramon que Zuloaga, todos son responsables moralmente de desmanes cometidos contra los europeos. Por eso no tienen las tres naciones interes alguno en que manden rojos ó blancos, y por eso mismo dieron instrucciones á sus comisarios para entenderse con el gobierno que encontraran constituido. Encontrándose con Juarez, á él dirigieron su intimacion, y Juarez respondió reconociendo los agravios y prometiendo satisfacciones y garantías; y como á eso iban en primer lugar los aliados, dejaron lo demas al tiempo.

Pero llega un dia en que los representantes de una de las

tres naciones rompen sus compromisos y lanzan á la Francia en pos de aventuras: los representantes de Inglaterra y España hacen esfuerzos para conjurar la disidencia, y nada basta á detener á los comisarios del emperador de los franceses. ¿Qué hacer entonces? Los representantes de Inglaterra y España se retiran, tocándome á mí ser ejecutor de una política independiente, no sin tener que sacrificar para ello mis sueños de gloria militar, así como mis simpatías por la noble nacion francesa y sus valientes soldados. En esto no he hecho más que cumplir con mi deber, y creo que cualquier otro general en mi caso hubiera hecho lo mismo, queriendo todos como queremos conservar incólume la independencia de la patria.

Concluyo haciendo una ferviente invocacion á los hombres de Estado de mi país, rogándoles que jamas hagan cuestion de partido nuestras relaciones con las repúblicas hispano-americanas. Aquellos pueblos se separaron, y por ventura en temprana edad, de la madre patria; y habiendo esta querido hacerlos entrar en la obediencia por la fuerza, ellos se defendieron, con valor heredado de nosotros mismos, derramándose mucha sangre, hasta que la madre, dolorida de la lucha, reconoció la emancipacion.

Nuestras relaciones con ellos han sido desde entonces reservadas y frias: sean en adelante las que cumplen á dos pueblos hermanos, por cuyas venas circula una misma sangre, que profesan una misma religion, que hablan la misma lengua. Lo que nosotros hemos de hacer para que la reconciliacion sea eterna, es no olvidar los males que hemos atravesado antes que España haya llegado á estar constituida, y así trataremos con indulgencia al pueblo que atraviesa los mismos males. Esa debe ser allí nuestra política, procurando tambien que los diplomáticos que vayan á representar en Mejico á la reina de España sean lo que somos todos, liberales.

¡Ilustres senadores! Mi conducta en Méjico, así como el discurso que acabo de pronunciar, ha sido inspirado por el mas ardiente patriotismo: si obré bien, que Dios me lo premie; y si no, que me lo demande.

LA ENSEÑANZA

DEL PUEBLO,

—POR—

EDGAR QUINET

REPRESENTANTE DEL PUEBLO.

——
 TRADUCIDO POR J. M. MATA.



GUADALAJARA.

IMPRESA DE JOSE MARIA BRAMBILA.

Segunda calle del Seminario núm. 12.

1863.